

EL PULSO DEL PLANETA

La pequeña España revive

El documental que narra la historia de «Little Spain», el histórico enclave español en Nueva York, ha sido premiado en Estados Unidos



Una imagen del documental. Abajo, el abogado Robert Sanfiz

JOSÉ MARÍA CARRASCAL



No ha mucho, desde Nueva York, abordé un tema poco tratado: la emigración española a Estados Unidos. Habiéndose dirigido por razones obvias nuestra corriente emigratoria durante siglos hacia el Nuevo Mundo a la ancha franja que va desde Río Grande a Tierra de Fuego, incluidas las principales islas del Caribe, no llamó apenas la atención la que se dirigía hacia el «Gigante del Norte». Y, sin embargo, la hubo, limitada a la costa Este y concentrada especialmente en Nueva York. La constituían fundamentalmente gallegos, la mayoría marineros que tocaban estos puertos y decidían quedarse, unos legalmente y otros no, pero que más pronto o más tarde conseguían «los papeles», se casaban con alguna chica local, o se traían la novia de su pueblo, formaban familia y pasaban a formar parte del gran crisol norteamericano. Algún lector de buena memoria recordará el artículo en que los citaba: un reportaje sobre «Little Spain», el enclave español en Nueva York, que sin ser ni de lejos tan grande ni tan famoso como «Little Italy», cuenta con

una historia que sobrepasa el siglo y medio, y de la que quedan aún vestigios muy dignos. Ya en Madrid me comunican que «Little Spain» ha recibido el premio al Mejor Documental 2014 concedido por la Asociación de Cronistas de Espectáculos de Nueva York. Su entrega tendrá lugar el 30 de marzo en el Kaufman Center de Manhattan. Este galardón abre la puerta a los ALMA Awards (premios de Artes Escénicas Latinoamericanas) creados por el National Council of La Raza en Washington, que se entregarán en octubre.

La historia de esta «Pequeña España» en Nueva York la narra Miguel Hernández en el reportaje y la muestra en imágenes Artur Balder, con testimonios vivos. Se halla en la Calle 14, entre la Sexta Avenida y la Octava. Allí nació, en 1868, la Spanish Benevolent Society, que aseguraba a sus socios contra las desgracias que pudieran ocurrirles en un país donde la seguridad social está, aún hoy, mucho más retrasada que en Europa. La sociedad pasó a llamarse La Nacional, que sobrevive, tras haber pasado por ella españoles de muy di-

versas épocas y talentos políticos, pudiendo comerse en ella platos típicos y ver los partidos de la Liga española de fútbol. Otro de sus centros era la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, donde se celebraban misas, se bautizaba, se hacía la primera comunión y se casaba en español. Ha desaparecido, por desgracia, Casa Moneo, un «ultramariños», aunque este se hallaba en ultramar, donde los españoles en Nueva York podíamos comprar toda clase «da terra», como dicen los gallegos.

Al incorporarse al crisol norteamericano, los españoles, como otras minorías, dejaban su enclave original, aunque conservaban un lazo sentimental con él, que sus hijos mantenían o no. Uno de ellos es Robert Sanfiz, abogado, secretario de La Nacional, que junto con un puñado de socios ha logrado mantenerla. Este reportaje va sin duda a ayudarles y espero que la Calle 14, entre la Sexta Avenida y la Octava, sea una visita obligada para los turistas españoles en Nueva York, pues restos de la «Little Spain» aún quedan.



VISTO Y NO VISTO



IGNACIO RUIZ-QUINTANO

EL CAMBIO



Carlos Marx sería hoy «trending topic» con su tuit sobre la historia que se repite primero como tragedia, y luego, como farsa

Carlos Marx sería hoy «trending topic» con su tuit sobre la historia que se repite, primero, como tragedia, y luego, como farsa.

Todo indica que ya estamos en la farsa, y es la Revolución (¡el cambio!) de Pablemos en la Puerta del Sol.

Pablemos es un chuleta madrileño del género chico para quien lo revolucionario es sentarse como John Belushi al venir del «after hours» («épater le bourgeois!»), decir «tuerka» y «troika» y mandar a callar a los periodistas llamándoles «pantuflos», contando, claro, con que ninguno se va a levantar para llamarle a él Quasimodo.

¿Se imaginan a Trotsky llamando «pantuflo» a Sofia Casanova, la corresponsal de ABC en la Revolución rusa, que en 1917 lo visitó en el antro de las fieras?

—España es un hermoso país, aunque su policía me trató mal. ¡Mi amigo Pablo Iglesias estaba en un sanatorio!

Pablemos carece de la nobleza que se requiere para una real eficacia revolucionaria.

D'Ors llegó a ver una ley constante en la historia interna de las grandes revoluciones que atribuye el papel decisivo a quienes no pertenecen a la clase que las agita.

—Estos nobles son los que siembran las ideas, conducen luego la acción popular y hasta escriben «La Marsellesa».

Y los rusos tuvieron sus Lunacharsky, archipatricos, y sus Ulianof, o sea, Lenin (al que Pablemos, ay, acusa de trincar de Alemania), que únicamente por esto pudo triunfar.

En España, de momento, lo más noble con que cuenta Pablemos (¡su Lunacharsky!) es Carmen Lomana, que el sábado fue a jugar a Sofia Casanova (¡cronista de la Revolución!) en la Puerta del Sol, otra plaza roja.

Lo que más impresionó a Stefan Zweig, que no era un Jesús Cintora, de la Plaza Roja fue ver, separados por cuarenta pasos, pero con las mismas colas, la capilla de la Virgen (¡qué escándalo, hoy, para la novia de Errejón!) y la tumba de Lenin. La antigua fe y la nueva creencia. Al pie de la Virgen, este aviso de Heine (que no de Marx): «La religión es el opio del pueblo».